

aprendimos algo acerca de los recursos minerales del país; después de conocer a varias personas de las más afectuosas e inteligentes de la ciudad; de hablar de política durante horas y horas vaciando botellas de whiskey Bourbon con un natural de Filadelfia, despierto y juicioso, que se ha establecido en el país para mejor o para peor, antes bien para mejor, porque su casa de dos pisos en la calle de la Artillería es espaciosa y su plantación de cacao cerca del Muelle promete muchísimo; después de haber almorzado con el ministro de relaciones exteriores, en cuya casa tuvimos el placer de conocer a una familia muy bien educada y genial en torno de una mesa superabundante; después de haber comido con muchos alemanes en casa de un rico y hospitalario representante del *Brod* y de los viñedos del Rhin; de haber pasado más de una noche amenísima en una generosa casa inglesa, sobre cuya alegría, bondad y lujo ha caído después una nube negra, porque su dueña agraciada y buena yace ahora en Sarapiquí, donde pereció yendo de paso para su antiguo hogar en la isla coronada de robles (1); después de haber paseado a caballo repetidas veces con el general Castro, cuyas amables atenciones para con nosotros fueron incesantes; de soñar durante largas horas en su hacienda La Pacífica, la mejor del país, en medio del perfume de 150,000 árboles de café, del jardín y de la huerta rebosantes de sosiego, de toda la exuberancia de una finca de los trópicos, de la que guardo aún la visión radiante y perfumada; después de haber visto y hecho todo esto, nosotros, los extranjeros distinguidos de Nueva York, nos trasladamos a Cartago, la antigua capital de Costa Rica, respecto de la cual, del volcán que se yergue ceñudo sobre ella y de los valles que la circundan, hermosos y magníficos, publicaré otro artículo, el último, el mes próximo.

(1) Alude a la muerte trágica de Mrs. Joy. N. del T.

### III

## De San José a Cartago

El tema que hoy domina en las arengas electorales y en el púlpito, entre oradores y periodistas, es el de la superioridad de la civilización del siglo diez y nueve. A propósito de esta civilización se congratula día y noche a los Estados Unidos y especialmente a Inglaterra por ser sus más altos exponentes, a la vez que se hace a las naciones hispanoamericanas el reproche desdeñoso de que son lo contrario, o se les da por ello un pésame despectivo.

No se contenta con esto el espíritu de la época. Movido por el prejuicio de que toda comunidad o nación que no se ajusta política y socialmente a los moldes anglosajones está perdida si no se hace algo vigoroso por salvarla, el mundo suele oír hablar en los tiempos que corren de ciudades bombardeadas para establecer relaciones comerciales y de gentes a quienes roban lo suyo para bien de sus almas.

Si el espíritu de la época fuese menos arrogante, podría ser más instruido; cuanto más instruido fuese, tanto mejor se portaría. Mediante una comprensión completa de estas comunidades hispanoamericanas, podría llegar a penetrarse del hecho de que en ellas impera una civilización que en lo tocante a bondad doméstica, inteligencia, afabilidad y sentimiento religioso, sobriedad y trabajo honrado, puede ser favorablemente comparada con la que en latitudes más frías recibe tantos elogios superlativos. Es más. Aun sin admitir la posibilidad de que haya

varias formas y fases de civilización, cada cual determinada por el carácter del pueblo que la posee y de cuyos especiales intereses, genio y recursos es el natural desarrollo, el espíritu de la época podría sentirse lisonjeado al observar en todas esas diversas comunidades no pocas de las costumbres, aplicaciones mecánicas, comodidades caseras e ideas políticas de que reclama la paternidad exclusiva. En Costa Rica, por ejemplo—como lo ha escrito el señor Astaburuaga—, la agricultura empieza a tomar ese aspecto que las mejores reglas de la ciencia le permiten alcanzar. Los conocimientos de cultivo práctico que prevalecen en las naciones del norte de Europa se están propagando en el país con el auxilio de los mejores instrumentos agrícolas, al paso que van desapareciendo rápidamente los viejos procedimientos tan perjudiciales para el trabajo y que hacen perder tanto tiempo.

Respecto de otros puntos podría serle también grato al espíritu de la época descubrir en la pequeña república a que me refiero la confirmación de sus gustos, ingeniosidad y criterio. Los brazos de los faroles de San José han sido importados de Inglaterra. Esto se ha dicho ya. Alemania, además de contribuir con la ingeniería talentosa que ha abierto los mejores caminos de Costa Rica, ha sugerido a un londinense emprendedor el adelanto de tener cerca de la capital un depósito de cerveza de capacidad inagotable; los serpentines de alambique y las calderas de la Destilería Nacional fueron hechos en Nueva York, y, si no estoy muy equivocado, el carruaje del presidente rodó por primera vez sobre el pavimento de Broadway. No está representada Francia de manera menos notable en esta ligera exposición de la habilidad artística de las naciones más civilizadas. Ha introducido al país sus zapatos elegantes, sus frascos de perfumes, sus guantes y pastillas, sus vinos ligeros, sus *bonbons* (1) y sus parasoles. Ha suministrado oficiales y uniformes al ejército costarricense, y al público viajero

(1) En francés en el texto.

del país el modelo de una diligencia que se copió con mucho gasto.

El resultado ha sido un vehículo que se parecería a un rockaway si estuviera menos destartado y fuese menos charro. Este aparato se compone, por fuera, de un derroche de pintura colorada, negra y amarilla, y por dentro, de una profusión de cuerdas viejas, cortinas y cojines de cuero, estos últimos arrugados y rajados. Lo arrastran una mula y dos caballos, la mula en medio. El cochero, un mozo despierto, oriundo de las ruinas de Copán, lleva una chaqueta gris con alamares, una faja militar de seda roja y un sombrero de pita puesto con bastante garbo.

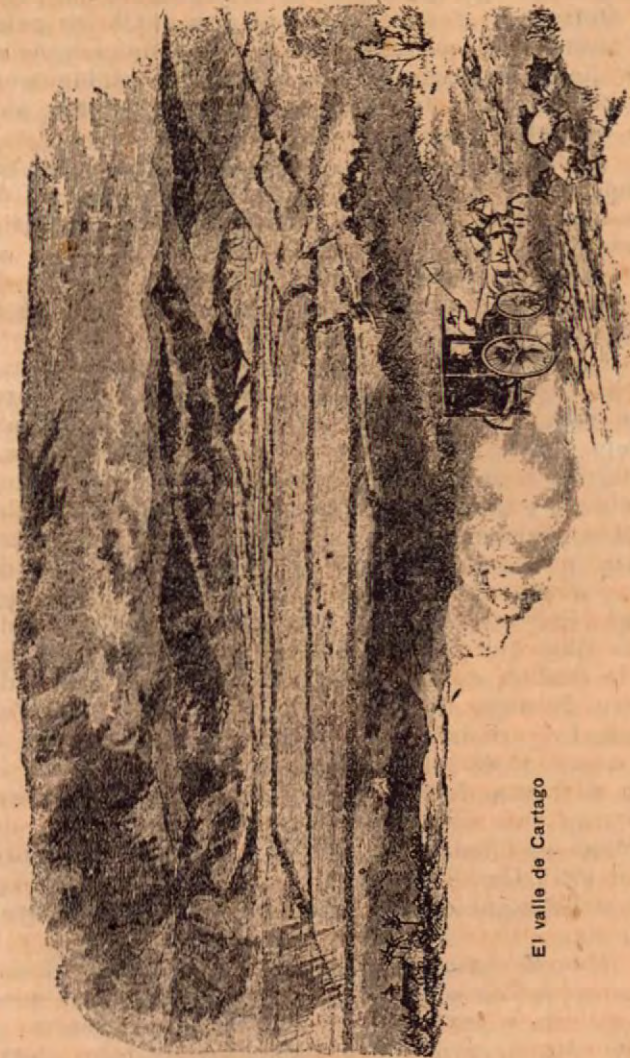
Don Ramón y don Francisco ocuparon el asiento trasero de esta diligencia un domingo por la tarde, para ir de San José a la antigua ciudad de Cartago. Durante todo el tiempo el viaje fué agradable e interesante. De ambos lados del camino teníamos el paisaje: las plantaciones de café en plena florescencia, blancas como si les hubiese caído una nevada por la mañana; platanares, milpas, cañaverales, campanarios y pueblos de indios. El entierro de un niño, cuyo pequeño cadáver estaba bonitamente vestido y adornado con flores; precedíanlo violines y flautas y unas mujeres iban sembrando de violetas, azucenas y ramas verdes el camino polvoriento; detrás del ataúd, en una silla de manos dorada y envuelto en el humo de los incensarios agitados, llevaban a un sacerdote viejo que lo bendecía de vez en cuando con su mano rugosa; tenía este sacerdote una estola blanca bordada, sobrepelliz, los ojos cerrados y la cabeza descubierta. Brillantes y verdes praderas cortadas por corrientes de agua que centelleaban; cerros ondulantes y cubiertos de bosques, surcados por caminos bermejos; altos puentes de piedra de lava con techo de tejas de barro cocido; espaciosas casas de campo medio sepultadas en blandos y ricos follajes; las grandes montañas solitarias de la Cordillera Central esfumándose en la suave luz solar a millas de distancia. Y, por último, teníamos la diligencia loca con sus altibajos, contratiempos y

catástrofes, y la confusión, el regocijo, los sustos, el escándalo y el alboroto que metía a su paso. El primer cerro a que llegamos la detuvo una hora. La mula creyó que era mucha cuesta para los caballos y éstos pensaron que era demasiada subida para la mula. Después de una reyerta violenta, los tres abandonaron el propósito de seguir adelante. No quisieron avanzar ni una pulgada, a pesar de todos los latigazos y ternos que les soltó el guatemalteco. Los pasajeros tuvieron que bajar. A esto se llegó; luego fué menester que metieran el hombro a las ruedas, procedimiento excesivo que estuvo a punto de volcar y demoler el coche. Sin embargo, una vez vencida esta dificultad, nada nos detuvo ya. ¡Seguimos adelante! Por lo áspero o lo plano, subiendo o bajando, por el precipicio o la llanura, el barro o los guijarros, ¡seguimos adelante!

Nunca se oyeron tantos traquidos y chirridos, nunca se vió tanta espuma ni tal chisporroteo, nunca semejante frenesí. A nuestro paso el camino, contagiándose de la locura, se iba alborotando. Viejas y jóvenes se precipitaban a las puertas, dando gritos, charlando convulsivamente, gesticulando y, al parecer, diciéndonos un adiós eterno. De cada puerta, de cada portillo de seto salían como flechas contra nosotros perros descarnados y ávidos como lobos, que nos perseguían con loca velocidad. En un lugar, un venerable *padre* (1) que llevaba amplia sotana negra, sombrero de teja y un paraguas verde oscuro de guinga debajo del brazo, surgió de la cegadora nube de polvo que nos envolvía y, abriendo unos ojos de mármol verdoso, nos miró fijamente, asombrado y pálido como si estuviésemos irremisiblemente perdidos. Más allá la diligencia pasó por entre un escuadrón de montañeses, cuyos caballitos rollizos se espantaron, dispersándose por el camino con las más extrañas cabriolas, tirando al suelo los jinetes, rompiendo las gruperas, dando en un instante un espectáculo ecuestre de desorden y de pánico que sólo podría reproducir el pincel

(1) En castellano en el texto.

de Rosa Bonheur. En medio de todo esto, en medio



El valle de Cartago

de los derrotados, de los fugitivos, de los caídos, de los atontados, de los descalabrados, en medio

de los más terribles resoplidos y del más exaltado histerismo llegó la diligencia a la cumbre del cerro de Quircot, y a una velocidad que ponía los pelos de punta bajó con ruido de trueno y de cascabeles al valle de Cartago; pero al dejar atrás rápidamente las ruinas y los daños de que éramos autores, surgió una visión de la tierra y de las nubes.

¡Velaos con reverencia la sólida faz, viejo Samuel, porque este valle de Cartago sobrepuja al de Rasselas en belleza y magnificencia! Los conquistadores españoles, según refiere Peter Heylin en su *Microcosmos*, llamaron a Nicaragua el Paraíso de Mahoma. Este valle merece en verdad que se le califique de Arcadia de los Poetas.

Inmediatamente debajo de nosotros estaba una ancha laguna cuyas aguas, al declinar el sol, parecían vibrar. En sus márgenes y al acecho del alimento había grullas blancas, majestuosas, serenas, gallardas y de mirada rápida. Más allá de la laguna estaban los *potreros* (1) en que se divide el valle, dehesas cuadrilongas de asombrosa extensión, separadas por setos de poró y cabuya. Más allá de los *potreros* (2) se veían las montañas bajas del Agua Caliente, así llamadas por el manantial de agua tibia que brota a sus pies, a milla y media de la ciudad, en una grieta de cuarzo y óxido de hierro. El agua de esa fuente es amarga y astringente. La aristocracia enferma de la vecindad la frecuente y es eficaz, sobre todo en los casos de gota y reuma. Las montañas de la Candelaria dominan a las del Agua Caliente, y más allá de aquéllas proclaman su soberanía los picos de zafiro de la gran Cordillera de los Andes, en la sombra y casi indistinguibles, sin una nube entre sus cumbres y el sol.

¿Qué de extraño tiene que los aventureros ante espectáculos como éste, contemplando a sus pies tan intensa y exuberante vegetación, tan frescos y vivificantes arroyos que cortaban los senderos abier-

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

tos por sus espadas, montañas tan grandes como sus ambiciones y que se multiplicaban a su derredor a medida que iban trepando cada vez más alto, oyendo en cada cueva, en cada risco el eco del grito de ¡*El Dorado!* y metiéndose en regiones más y más remotas camino del sol; qué de extraño tiene que al contemplar tales espectáculos los cruzados de Castilla, los pretorianos de Cortés y de Córdova se olvidasen de los valles del Guadalete cubiertos de viñas, de las murallas bañadas por el mar y de las mansiones con torres de la vieja ciudad de Cádiz, de las casas solariegas ricamente cubiertas de arabescos, de los campos en que se crían la miel y la seda, de las sierras espolvoreadas con azafrán, de las bellas moras en sazón, de los ardientes amores y del romanticismo de Andalucía, del orgullo típico de España? Lugares de la tierra como éste todavía seducen a los hombres arrancándoles de los hogares de sus antepasados, arrebatándolos a los deudos a quienes aman y a las leyes a que voluntariamente se someten, y con su belleza, fertilidad, sosiego y magnificencia los indemnizan del sacrificio que hacen y del aislamiento a que durante años los condenan su lengua y su manera de pensar extrañas.

En cuanto a la ciudad de Cartago misma es una ruina lúgubre. Sus calles son más anchas que las de San José, pero más solitarias, soñolientas y frías. Es raro ver en ellas un alma a ninguna hora. De vez en cuando se tropieza con una figura egipcia, balanceando con soltura una *tinaja* (1) llena de agua sobre la cabeza, impasible y deslizándose sin ruido; pero durante horas este es quizás el único objeto viviente que atenúa el vacío sepulcral de la población. Sembradas en todas direcciones, peñas monstruosas y masas de lava, monumentos de las terribles erupciones del volcán que se yergue encima de ella, aumentan la desolación de su aspecto. Tiene más de trescientos años de existencia y ha

(1) En castellano en el texto.

visto mejores tiempos (1). Bajo la dominación española era la capital regia y Thomas Gage, un hijo de la Gran Bretaña que estuvo en Centro América en 1636 y que en el curioso libro publicado por él sobre sus viajes se pinta como el primer protestante que penetró en ese país, dice que en su tiempo tenía muchos vecinos opulentos que comerciaban directamente con la Península. El recuerdo de lo que fué en aquellos tiempos la hace orgullosa y huraña. Cartago es en realidad un aristócrata estúpido con los codos de fuera y sin un real en el bolsillo. Es difícil decir de qué vive el aristócrata. Sin embargo, en las vecindades abundan los frijoles y los plátanos, y los petimetres venidos a menos, por ejemplo el hermoso Brummell, han aprendido a entregarse a los placeres de la imaginación y de la memoria y al lujo de un mendrugo de pan en una guardilla, sin tener un maravedí para divertirse ni un guiñapo que ponerse.

El hotel en que nos hospedamos era el compendio de la ciudad: incómodo, ventoso, primitivo y arruinado. Entrando por un zaguán largo y angosto, abovedado y empedrado, y subiendo por una escalera temblona, situada detrás, el interior causa inmediatamente la impresión aterradora de una casa embrujada. Manejaba el hotel un caballero de Baden Baden, desertor de la *landwehr* del general Walker, a quien llamaban D. Carlos. Este D. Carlos era un pillo tan jovial como podría desearlo el más curioso de los estudiantes de humanas extravagancias. Sin tener un peso en el bolsillo montó el hotel, preparó los naipes y los dados, barajando y sacudiendo en el más recóndito de los cuartos de la casa, y así estuvo ganándose la vida hasta que se llenó de deudas hasta más arriba de las orejas. Con asombrosa vitalidad el establecimiento prolongó su existencia durante varias semanas sin haber nada en él. Sin embargo un día, estando nosotros allí, reventó la bomba. No habiendo encontrado al pillo,

(1) La ciudad de Cartago fué fundada en 1563 y tenía por consiguiente 295 años de existencia en 1858. N. del T.

preguntamos al sirviente holandés, un ser demacrado que tenía una muleta y una pierna ulcerada, dónde estaba D. Carlos.

¡Ah, D. Carlos—nos respondió el cojo enclenque—, se acabó D. Carlos! Lo metieron a la cárcel por deudas. El hotel se lo llevó el diablo. No hay nada con qué pagar.

Don Ramón y D. Francisco pensaron otra cosa. Pensaron que el diablo era quien iba a pagar y, por consiguiente, después de empaquetar sus papeles, ropas, lápices, pinceles, cuadernos de apuntes, especímenes geológicos y frascos, llegaron a la conclusión de que había que irse con la música a otra parte.

Pero los lugares más tristes tienen sus recuerdos amables o consoladores, sus glorias épicas o esas leyendas atesoradas que como los últimos rayos de una lámpara moribunda salvan de la obscuridad completa los vestigios de un poderío pretérito. En su soledad y pobreza, Cartago posee estos atavíos. Tiene las altivas tradiciones que llenan de orgullo hasta los pueblos más empobrecidos; tiene las que siendo más apacibles, por venir de una fuente más pura, mantienen viva una fe generosa y orientan con su encanto el corazón de los pobres hacia Dios. De estas últimas, la *Leyenda de Nuestra Señora de los Angeles* es la más preciada del pueblo de Cartago. Un documento que me obsequió el venerable Anselmo Llorente, obispo de San José, refiere la historia así:

«En el año de Nuestro Señor de 1643, en una montaña muy cercana a la antigua ciudad de Cartago, vivía una mujer sencilla que habiendo salido una vez a buscar leña halló la imagen de una Virgen sobre una piedra, en la vecindad de su choza. La imagen era de piedra y se la llevó a su morada donde la guardó en un arca, regresando a la montaña. Por segunda vez halló la imagen de una Virgen sobre la piedra cerca de su choza. Creyendo que eran dos, la llevó también al arca en que había puesto la primera. Aquella buena alma se quedó sorprendida al ver que ésta ya no estaba allí. Habiéndose acercado por tercera vez a la piedra

y hallando en ella otra imagen de la Virgen enteramente igual a las dos anteriores, regresó a su choza donde no pudo encontrar ninguna de las que antes había guardado en el arca, y siendo ya tarde le entró miedo. Fué corriendo a casa del cura don Alonso de Castro y Sandoval y le dijo lo que había sucedido. Este piadoso sacerdote guardó la imagen en un armario—la que fué hallada la tercera vez—, sin duda con el objeto de examinarla despacio; pero la imagen desapareció en el acto y por cuarta vez fué encontrada sobre la piedra en la montaña, cerca de la choza de la pobre mujer. La llevaron de allí en solemne procesión a la iglesia parroquial y en ella se depositó.

> Al día siguiente, habiendo ido el coadjutor a visitarla, halló vacía la urna en que la habían colocado. Buscándola de nuevo la encontraron por quinta vez sobre la piedra, cerca de la choza de la pobre mujer, en la montaña contigua a la ciudad. Por último le edificaron una iglesia y allí se ha quedado desde entonces. En 1782 el Ilustrísimo don Esteban Lorenzo de Tristán, obispo de Nicaragua y Costa Rica, la declaró solemnemente patrona de Cartago. Otro obispo la consagró con óleo y ordenó que sólo la tocasen manos ungidas. Por último, la iglesia en que descansa fué consagrada por D. Anselmo Llorente, actual obispo de la diócesis, y elevada por él al rango de basilica.

> Estas honras se han tributado a la imagen de Nuestra Señora de los Angeles, así llamada desde tiempo inmemorial, en agradecimiento de los repetidos milagros que ha hecho».

De estos milagros, uno de los más memorables fué la súbita fuga de ochocientos bucaneros ingleses mandados por Mansfeldt o Mansfield, devoto compañero de saqueos de Morgan, el incendiario del Istmo y pirata de Panamá, como lo llamaría el novelista popular. Estos caballeros emprendedores habían desembarcado en Matina, en la costa del Atlántico, y penetrado hasta Turrialba, cuando el sargento mayor D. Alonso de Bonilla salió de Cartago a su encuentro, con un piquete y la imagen de Nuestra Señora

de los Angeles. Bajaron al valle situado al pie del volcán de Torre Alba, causando tal terror a los bucaneros allí acampados, que inmediatamente pusieron éstos pies en polvorosa y desplegaron las velas. La derrota se atribuyó a la presencia de la imagen en el campo de batalla, y el aniversario del



La iglesia de los Angeles

día en que ésta se dió se ha guardado siempre desde entonces como fiesta votiva en la vieja ciudad de Cartago (1).

La iglesia de Nuestra Señora de los Angeles está lejos de ser el edificio más bonito y más sólido de la ciudad. Las grandes peñas que la circundan, los techos de tejas coloradas y manchas de rico follaje de que surge modestamente, realzan el efecto de la fachada dórica, de la maciza torre cuadrada

(1) Meagher se refiere al llamado milagro del Rescate, en 1666; pero confunde a Nuestra Señora de los Angeles con Nuestra Señora de la Concepción de Ujarraz, a quien lo atribuyeron los vecinos de Cartago. N. del T.

con su tiara de relumbrante bronce, del techo gris de cinc, de la hilera de pilastras color de alabastro que flanquean la gran puerta de entrada, de las hornacinas que a uno y otro lado de ésta albergan detrás de sus rejillas de hierro una cohorte de ángeles con alas, túnicas y borcegués, del tamaño de un muchacho.

El altar mayor de esta iglesia es en extremo grandioso. Un enorme tabernáculo de cedro y profusamente dorado se alza sobre él a una altura de treinta pies. Está dividido en dos camarines, el de abajo contiene el Santísimo Sacramento y el de arriba la imagen de Nuestra Señora de los Angeles. Los arquitrabes que arrancan de los camarines están sostenidos por querubines dorados de tres pies de altura. Sobre la cúpula hay una imagen dorada del ángel Gabriel, con dos escalas doradas en la mano izquierda y una espada de plata en la derecha. Los pilares y las vigas del santuario, en cuyo centro está este soberbio altar, tienen arabescos pintados, y durante el mes de mayo, época de nuestra visita, los adornan con encajes y bordados blancos y azules. La iglesia es exquisitamente limpia y huele siempre a incienso y a flores. El señor M. Durán (1), abogado elocuente y estudioso, natural de Nueva Granada, en una interesante descripción de Costa Rica que publicó, dice que en esta iglesia hay una enorme caja en que el pueblo deposita sus ofrendas a la imagen. Cada seis meses se abre la caja y el tributo que se recoge en dicho período no baja nunca de \$ 800. El dinero que de este modo se colecta lo dedican exclusivamente a reparar y decorar el templo.

Habitualmente triste y desolado, hay sin embargo dos días de la semana en que Cartago despierta. Uno es el domingo. Ese día las campanas de las iglesias prueban, hasta hacer perder el juicio, de qué metal están hechas; las *señoras* (2) y *señoritas* (3) van a las iglesias y vuelven de ellas graciosamente

(1) Alude al doctor don Uladislao Durán. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) *Ibid.*

envueltas en sus pañolones negros o de colores; la milicia del distrito pasa revista y maniobra toda la mañana en la plaza, y las gentes más respetables, inclusive las autoridades judiciales, se entregan a la lotería, al veintiuno y al tablero en el cuarto más largo y más ancho del hotel, siempre que alguna institución de esta clase contribuya a las comodidades, la disipación barata y, como en el caso de don Carlos, a las vicisitudes, bancarrotas, convulsiones y calamidades de Cartago. Además, los domingos por la noche la banda de música de la pequeña guarnición toca frente a la casa en que reside el gobernador de la provincia. Pero los jueves resultan más animados, no obstante que por falta de campanas y de banda pueda decir un hijo del país que son bastante menos musicales. El jueves es día de mercado en Cartago.

El espectáculo se desenvuelve en la siguiente decoración: la plaza; en un costado de ésta, las torres blancas y macizas de la iglesia parroquial; en otro, sólidas casas de un piso con techos salientes y ventanas arqueadas; enfrente, el cuartel y la gobernación, todo brillante de cal; detrás y a corta distancia, el volcán de Irazú, desde cuya cima diabólica dispara sus rayos el sol y en torno de ella se agrupan las nubes de nieve, como los rebaños de Sicilia en rededor del ciclope. Una mezcla típica de la mayor parte de los contrastes de la vida tropical con la majestad de la Naturaleza.

Las dos calles que conducen a la plaza se ven atestadas de carretas, bueyes, mulas, arrieros, soldados y músicos callejeros; atestadas de mesas, mendigos y estropeados que pidiendo limosna sacan un capital de sus huesos torcidos. En la plaza se venden innumerables artículos y desde el punto de vista pintoresco aparecen en ella los grupos más animados. Hay rebozos de seda color de arco iris procedentes de Guatemala, mantas de lana, chaquetas como las de los bandoleros, con franjas y brillantes botones superfluos. Hay granos de cacao en zurrones de cuero, traídos desde Matina por sujetos robustos con las piernas desnudas; *jicaras* exquisi-

tamente labradas con dibujos muy complicados. En otros puestos hay zarazas inglesas estampadas, bareses, cortaplumas, loza, tijeras, planchas, hoces y navajas de afeitar. Siento tener que decir que de los Estados Unidos se ve poco o nada. Con seguridad hay algunos driles americanos; pero, por el momento, esto y algunas tabletas de breva de Virginia es todo lo que tenemos en el mercado. El mismo Cartago contribuye con sombreros blandos de pita y trabajos en oro tales como cadenas y brazaletes, alfileres de pecho y canastillas votivas, estas últimas hechas con la más seductora delicadeza y rebozantes de perlas, perlas rosadas, redondas y lucientes del golfo de Nicoya. También hay, por supuesto, naranjas, cocos, elotes, plátanos, *sapotes* (1), limones dulces y *granadillas* (2), la más líquida y refrescante de las frutas; palmitos, de los cuales se hace la más picante y deliciosa de las ensaladas; zarzamoras, las más negras y jugosas que puedan teñir labios humanos, y patatas tan ricas y harinosas como podría desearlas un paladar irlandés.

En los grupos y figuras sueltas que aunque dispersos llenan el cuadro, hay *señoras* (3) lujosamente vestidas, con la cabeza brillante y descubierta, que se guarecen del sol con las sombrillas más vaporosas, acompañadas de *criadas* (4) de cuyos brazos rollizos y lustrosos cuelga la cesta de la compra. A veces aparece una ama de llaves alemana con mangas en forma de jamón y sombrero de paja de Italia. Las *mestizas* (5), o mujeres de los campos, con trajes muy escotados de zaraza blanca o de colores y desnudas de brazos, se sientan detrás de sus *serones* (6) de frutas y legumbres, de sus bloques de queso y de *chancaca* (7), la azúcar more-

(1) En castellano en el texto

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

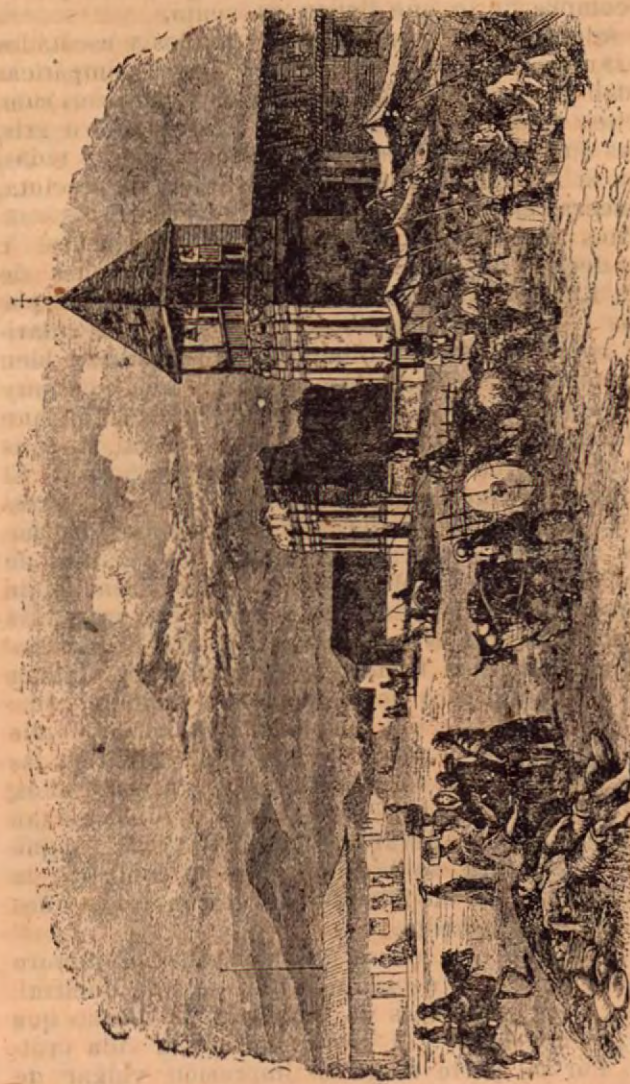
(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*

na y ordinaria del país, o detrás de una doble fila



La plaza de Cartago

de botellas de *guarapo*, y, si el transeunte acierta



a ser un extranjero, con graciosa timidez ensalzan los méritos de su mercancía o instan para que se les compre de lo que tienen en venta.

Además de sus trajes muy amplios y escotados de zaraza blanca o de colores, estas simpáticas vendedoras se ponen los más lindos y garbosos sombreritos de paja o de fieltro negro, castaño o gris, de los que la mayor parte tienen escarapelas, y todos, como si sus dueñas fuesen sargentos de recluta, hechiceras cintas de los más vivos colores. ¡Estos sombreritos garbosos son verdaderos robacorazones! Y para decirlo de una vez, las mujeres jóvenes de Costa Rica son decididamente bellas. Tienen cuerpos llenos y redondos, facciones trazadas con regularidad, cejas ricamente dibujadas, y la cabeza bien desarrollada descansa sobre un cuello que luce muy ventajosamente el bonito collar de cuentas de que pocos carecen. Hablando de un modo general, su cutis hace pensar en una mezcla de crema y rosas. El aire puro y vigorizante de las montañas que se respira en los valles y laderas en que tienen sus hogares las dos terceras partes de las gentes de Costa Rica, suaviza el tono de la rica carnación de la sangre española, la depura y cubre con un matiz de perlas. Cierta es que se ven algunas caras morenas, amarillentas, bronceadas y pintojas, y algunos casos de bocio; pero no en número suficiente como para contradecir lo que he dicho y hacer que ello sea la excepción y no la regla. Sin embargo, las viejas, aun las que se acercan a los cuarenta años, edad que en nuestras regiones más templadas tan sólo sirve para madurar la coloración y dar dignidad a la estatura de la mujer, son lo contrario de lo que fueron en su juventud. A los cuarenta años parecen tener ochenta.

En cuanto a la causa de este ocaso prematuro de tanta belleza y de tanto brillo, dejo su determinación a los profesores de etnología, lo mismo que a los de patología y a la química de la vida ordinaria. Por mi parte tengo la impresión vulgar de que si se consumiesen menos legumbres y raíces comestibles y más pollos, carneros y buenos bueyes

de los que hay en el país, el caso sería distinto.

Pero sea lo que fuese ya es tiempo de que nos despidamos de las señoras (1) y señoritas (2); porque está bien que lo hagamos respetuosamente, así sean ellas jóvenes o viejas, rozagantes o marchitas. Hecho esto, saludemos militarmente a los soldados descalzados que patrullan en la plaza del mercado con fusiles y bayometas. A los *carreteros* (3) y *arrieros* (4), a sus madres, esposas, bonitas hermanas y hermosas novias digamos el *adiós* (5) nacional, el *¡adiós, señores!* (6). Y por último, ante el deán de la diócesis, un anciano débil, vestido con una sotana roja desvaída y que tiene un pañuelo muy grande anudado a la cabeza debajo del sombrero de anchas alas, porque hace calor aun cuando las nubes se van amontonando rápidamente sobre el Irazú; ante el deán de la diócesis que va jadeando por entre la gente con su bastón de puño de oro y recibiendo a su paso el edificante homenaje que le tributan las cabezas descubiertas e inclinadas de jóvenes y viejos; ante el deán de la diócesis bajemos también la cabeza por respeto a los cabellos grises, a los huesos envejecidos y al amor filial que le ha dado el título de Padre de su Pueblo. En cuanto al espectáculo de que ahora nos apartamos, expresemos de corazón el deseo de que se repita mil y mil veces y cada una con mayor felicidad en la plaza del mercado de Cartago!

No habíamos estado muchas horas en Costa Rica cuando oímos hablar del volcán de Irazú y de los daños y del terror que ha causado; de cómo en 1723, del 16 de febrero al 14 de marzo, hizo oír un gran rumor como de ríos subterráneos, abriendo sus fauces para lanzar oleadas de humo; de cómo las gentes que vivían en sus faldas y mucho más

- (1) En castellano en el texto.
- (2) *Ibid.*
- (3) *Ibid.*
- (4) *Ibid.*
- (5) *Ibid.*
- (6) *Ibid.*

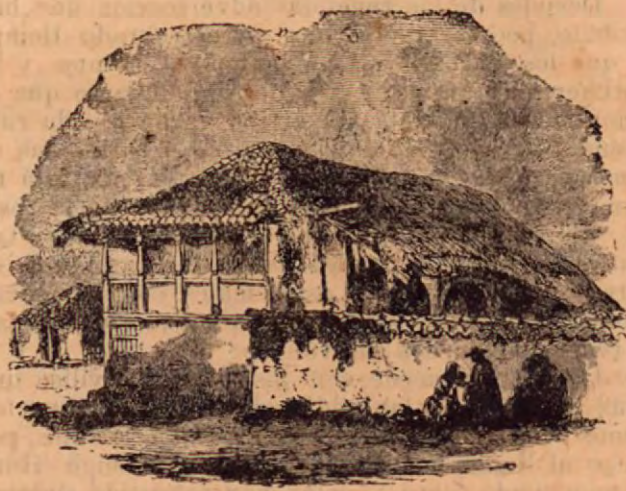


abajo en los valles fueron sofocadas por sus exhalaciones sulfurosas, y de cómo por las noches lanzó bolas de fuego que subían girando y surcaban de llamas el cielo, hasta que en muchas millas a la redonda hubo mayor claridad que la del mediodía. De cómo salió una vez del hirviente abismo un vapor blanco como el algodón y en forma de arco, hasta que a una altura de dos picas sobre el cráter tomó la figura de una enorme palma que se mantuvo en el aire durante el tiempo en que se reza un avemaría, y luego, recobrando su primera forma y descendiendo lentamente, desapareció. De cómo los retumbos del volcán se hicieron cada vez más fuertes hasta herir los aturdidos tímpanos con la fuerza de diez mil fraguas atareadas, y las peñas encendidas y las escorias, haciendo pedazos, al salir, las fauces de la hoguera, se multiplicaron hasta que a la postre las aguas de los ríos, lagos y arroyos se convirtieron en fango que hervía y la ciudad de Cartago se cubrió de polvo candente, y las iglesias y las casas, arrancadas de la tierra paralítica, cayeron chamuscadas, ennegrecidas y completamente en ruinas. De cómo sucedió todo esto nos lo contaron muchas y muchas veces en el camino; y al echar una ojeada al archivo de la ciudad afligida encontramos que la historia popular había nacido, hasta en sus menores detalles, del informe oficial del gobernador Diego de la Haya, fechado el 14 de marzo de 1723.

No ha sido ésta la única erupción del Irazú. El abismo voraz tiene cuatro bocas o cráteres. Dentro de uno de ellos hay robles tan viejos que llevan a la conclusión de que han pasado dos mil años desde su apertura. Esta es, en todo caso, la opinión del Dr. Karl Hoffmann, vecino de San José, citado por Humboldt en su relato y descripción de los fenómenos volcánicos de Centro América. Otro de los cráteres forma un lago en que nace el río Reventazón (1), cuya desembocadura, según Thomas Gage

(1) Meagher se refiere aquí al río Reventado, afluente del Reventazón. N. del T.

era un punto comercial en 1636. Los temblores de tierra causados por el volcán han sido frecuentes y fuertes. Hubo uno en 1756, otro en 1822; ambos destruyeron la ciudad. El último que tuvo consecuencias ocurrió el 2 de septiembre de 1841; en esta ocasión, según la nota enviada al jefe supremo de la República por D. Telesforo Peralta, gobernador de la provincia, más de una tercera parte de la población



Una casa de Cartago salvada del terremoto de 1841

de Cartago, que en ese tiempo se computaba en algo más de 17,000 almas, quedó durante varias horas bajo las ruinas de la ciudad.

«Y por una rareza admirable—exclama el gobernador Peralta—sólo murieron diez y seis personas!»

Admirable, en verdad, pero de ningún modo increíble cuando se piensa que las casas eran de un solo piso, no tenían más que doce pies de fondo y estaban construidas con *adobes* (1), que no han menester de mucho para convertirse en polvo.

(1) En castellano en el texto.

Todas las casas, menos una, fueron derribadas, y aun ésta quedó considerablemente dañada; pero merece conservarse y permanecer de pie durante generaciones, porque en el patio también ostenta sus flores de nivea blancura y exhala su aroma suave y exquisito el padre de los cafetos de Costa Rica, el árbol venerable y hermoso del cual aparece un dibujo debido al lápiz de Ramón Páez en el primero de estos artículos.

Después de las repetidas advertencias que han recibido, podría creerse que ya es sobrado tiempo de que los cartagineses levanten el campo y se marchen a otra parte. Tanto más cuanto que el ciclope feroz que está allá arriba gruñe a cada rato y suelta de vez en cuando una o dos bocanadas de humo, para que el mundo se entere de que está fumando alguna cosa, además de la pipa de la paz.

«Sin embargo—escribe el señor Peralta—tan grande es el apego de las gentes de Cartago a su tierra, que sufren todos estos males con paciencia, y tan pronto como es derribada su querida ciudad la reconstruyen con las ruínas».

Lo mismo sucede con las aldeas y villas que están al pie y en las faldas del Vesubio, especialmente la de Torre del Greco, cuyos habitantes, por apego al lugar, como lo observa Mr. Leigh Hunt en un artículo sobre Nápoles, han persistido siempre en construir sus casas encima de las que fueron sepultadas, sosteniendo un combate obstinado, por decirlo así, con una de las fuerzas más espantosas de la Naturaleza.

—Con todo lo que hemos oído decir acerca del Irazú—dijo D. Francisco a D. Ramón dos o tres días después del viaje en diligencia—tenemos que subir al volcán.

—A todo trance—respondió D. Ramón—, y cuanto más pronto será lo mejor, porque ya no hay nada que ver en esta aldea desierta.

Puede que valga la pena decir aquí, entre paréntesis, que en el momento de hablar, D. Francisco estaba copiando un bando manuscrito que encontró pegado en la pared de la sala de juego, que era al

propio tiempo el salón de las señoras y el comedor del hotel mantenido misteriosamente con nada por don Carlos de Baden Baden, desertor y pillito. He aquí el texto del bando escrito en español:

«Por el presente hago saber a todos los jóvenes menores de edad que frecuentan esta lotería sin permiso de sus padres, que se abstengan de hacerlo si no quieren que se les ponga en vergüenza.

»(f) Félix Mata,

»Gobernador de la provincia de Cartago».

Si las caras son registros fieles de los años, sienta decir que los jóvenes menores de edad de Cartago y sus contornos hacían poco caso de lo que estaba escrito en la pared. Aquello era tan ineficaz, al parecer, como la ley de licores de Albany, que hace tres años se emitió de manera tan portentosa y todavía sigue siendo letra muerta en el libro de decretos de Nueva York.

El 23 de abril de 1858, a las tres de la tarde, salimos del Hotel de Irazú para el volcán del mismo nombre, montados en mulas fuertes y afamadas, con la necesaria cantidad de mantas y alforjas. Hasta el primer lugar donde paramos, el camino, aunque áspero y cortado por grandes peñas, fragmentos de lava, frescos, rápidos y claros arroyos, era una pendiente gradual. Sin embargo, la región por que atravesamos carecía de interés. Había maizales, campos de patatas, déhesas y uno que otro árbol desmedrado a la orilla del camino, y esto era todo. Pero poco importaba, porque el cielo estaba azul y sin una mancha, el aire fresco y fortificante, las mulas eran ágiles y andariegas y reinaba la alegría en nuestros corazones; especialmente en el de don Ramón, quien ese día tuvo noticia de que el pueblo de Venezuela se había sublevado y de que a su querido y anciano padre (1) le habían levantado el destierro, participando su antiguo condiscipulo de su orgullosa alegría; y ambos, en aquella tarde apa-

(1) El ilustre general D. José Antonio Páez. N. del T.

cible y espléndida, subimos al volcán de Irazú como héroes coronados de laureles que marchan en triunfo.

La hacienda de ganado de Potrero Cerrado pertenece a Nicomedes Sáenz, un joven costarricense rico que creo está en este momento completando su educación en una ciudad ateniense de los Estados Unidos.

Desde una altura de 1,500 pies domina las torres blancas y arruinadas y el valle de esmeralda de Cartago. El mar está abajo, a 7,000 pies. Aunque se llama hacienda de ganado, la mayor parte está cultivada y produce en abundancia las mejores patatas, duraznos y membrillos. Del viento penetrante que a menudo sopla del cono del volcán la protege una ancha faja de robles alpinos, que llaman *encinas* (1), y de guarumos que se parecen mucho al *árbol de manitas* (2) de México, cuyas hojas, que semejan manos humanas, han sido durante generaciones objeto de religiosa veneración entre los indios y los campesinos mexicanos. Esta faja es guarida de tigres y en ella hay serpientes sin tasa ni medida, especialmente de la especie llamada *toboba*, que aunque excesivamente venenosa en las tierras bajas, los montañeses persisten en decir que es inofensiva en estas regiones más frías.

Como la mayor parte de las casas de las haciendas del país, la de Potrero Cerrado está construida con cañas y postes de cedro. Por fuera tiene una capa de barro y está techada con hojas de plátano y tusas. La ocupa una familia numerosa. tres hijas, dos hermanos, el padre y la madre. Una de las hijas es una viuda joven, cuyo marido fué muerto en la campaña contra los filibusteros. Sus hermanas, Manuela y Rafaela, son unas chicas modestas, bonitas, blancas, ojinegras, ruborosas, sonrientes, vivarachas y trabajadoras. Manuela lleva un rosario de oro al cuello. Los hijos son ágiles,

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

de facciones pintorescas, discretos, activos y muy trabajadores como sus hermanas. La madre es amable, piadosa, maternal y arrugada, diligente en sus atenciones para con los extranjeros, y se muestra orgullosa como una matrona espartana del hijo que pereció en el campo de batalla.

El padre es un hombre que Salvator Rosa debiera haber pintado. Se llama Benito y es nervudo, alto y robusto, con unas narices largas, curvas y palpitantes, y unos ojos redondos que se mueven constantemente y chispean a intervalos. De día y de noche, así queme el sol o hiele, lleva el cuello, el pecho y los brazos desnudos. Por todo abrigo usa una camisa de franela ordinaria y rayada como la piel de un tigre, sombrero de paja roto y pantalones azules de algodón. Es un montañés perfecto, ¡el Bayardo de la montaña! Conoce todas las rocas, todos los árboles, pájaros, raíces, animales, arbustos, flores, reptiles; todas las cosas vivas o muertas nacidas en el Irazú y todas las que aun nacen en él Sumamente inteligente, su cerebro es tan ágil como sus pies y éstos tienen la elasticidad del gamo y la rapidez de la flecha. Durante años ha perseguido al tigre por entre los robles que protegen el Potrero Cerrado y los que arraigan en otras partes del rudo pecho del Irazú, regando la lava del suelo con sangre de la fiera. De aquí que lo conozcan con el nombre de *El cazador de tigres*. Este es su título reconocido en muchas leguas a la redonda.

Después de tomar una deliciosa taza de chocolate que nos prepararon Manuela y Rafaela, la Rosa y la Blanca de nuestro cuento de camino, salimos de la casa de Potrero Cerrado a las dos de la mañana. A los pocos pasos nos hundimos en el corazón de la selva. Estaba oscuro como boca de lobo; lo único que nos alumbraba era el farol del cazador de tigres. Durante una hora o más nos pareció que marchábamos dentro de un subterráneo. No había más que la lucecita precaria y mortecina del farol, los tropiezos de las mulas, el susurro de las hojas y el traquido de las ramas cuando rozábamos las

unas o pegábamos contra las otras; a veces y en lontananza, el grito o el silbido de algún pájaro solitario. Si nos hubiesen salido al paso esqueletos envueltos en sábanas, haciendo visajes y relumbrando, no nos habríamos sorprendido. A fuerza de caminar en medio de esa obscuridad vacilante, habíamos llegado a considerarnos como espectros o proscriptos de la tierra, y cualquier aparición de nuestra misma laya, en vez de asustarnos, la habríamos acogido con rabiosa y desahogada simpatía. Sin embargo, cuando menos lo esperábamos, se abrió la selva, se hizo pedazos, por decirlo así, y a la suave luz de la luna vimos abajo el valle de donde veníamos. Estaba cubierto de nubes blancas, de las nubes más blancas que se pueden imaginar, de una blancura purísima como de vellón o de plumón de cisne, y al caer sobre ellos la luz de la mórbida luna parecían cerros de cristal con vetas de oro surgiendo de un lago insondable.

Pero esta visión sólo duró un instante. La selva se cerró en torno nuestro tan súbitamente como se había abierto, y durante otra hora seguimos por la misma senda baja, oscura y angosta, chocando contra las ramas, agachándonos para no ser barridos de las sillas, parando a cada rato y abandonando las pacientes mulas a su instinto seguro. Por último las ramas se hicieron más tupidas y más bajas, la senda más estrecha; contra las desnudas y fuertes raíces tropezábamos a cada paso, las acciones se enredaban en la maleza espinosa, en las zarzas y en las sinantéreas de hojas amarillas, entremezcladas con helechos y arrayanes, y tuvimos al fin que echar pie a tierra y llevar las mulas del diestro, terminando por trepar por una escala perpendicular de unos mil pies de altura, cuyos pedañes eran árboles caídos, hondos surcos, piedras y rocas inclinadas. Allí estuvimos otra hora o más, bregando y penando en la densa obscuridad, guiados por Benito el cazador de tigres, que parecía un fantasma con su farol temblón y empañado.

Por segunda vez salimos de la selva, en donde dejamos prisionera la negrura de la noche, y

entonces brotó sobre nosotros la luz de la mañana en el cerro desierto y mudo del Irazú!

Abajo estaban las torres blancas arruinadas y el valle de esmeralda de Cartago, las siete colinas y los huertos del Paraíso, el antiguo pueblo de indios de Tres Ríos y las laderas cubiertas de bosques de Orosi; abajo las montañas del Agua Caliente y las más majestuosas de la Candelaria; más allá y encima de nosotros, la cordillera de los Andes. Pero no se veían las torres blancas arruinadas, ni el valle de esmeralda, ni ríos, ni selvas, ni antiguos pueblos de indios, ni montañas, ni la cordillera de los Andes. Desde la altura silenciosa, fría y desolada en que nos encontrábamos, lo único perceptible era un desierto de blanquíssimas nubes, un mar de hielo sin límites del cual surgieron, uno tras otro y brillando a medida que iba subiendo el sol, los picos aislados y las sierras más altas, como si fuesen islas y farallones nuevamente descubiertos. Conteniendo el resuello contemplábamos el espectáculo; deslumbrados, se nos llenaron los ojos de lágrimas; vencidos por la fatiga, nos dejamos caer sobre las cenizas sin poder hablar por el frío intenso y el agotamiento y casi sin vista; entonces, sobre aquel mar de hielo flotó una nube enorme de color de púrpura y estriada de carmesí. Se nos pareció a un barco de guerra desmantelado que la corriente arrastrara por entre campos helados y montañas de hielo flotantes hacia las soledades antárticas. Después de tanto trepar, de tanto andar a tientas en las tinieblas, de tanto tropezar en piedras y raíces, de tanto batallar con robles tupidos, helechos, arrayanes y zarzas; después de todos nuestros altibajos, temores y supersticiones, sombras intensas y luces súbitas, ojos nublados y devanamientos de sesos, he aquí que alcanzamos nuestra meta y tuvimos nuestra recompensa en el cráter del Irazú!

Extenuado por sus convulsiones, bosteza tranquilo, pero fría y tristemente, a la luz pura y suave de la mañana, como el Gladiador en Reposo!

Al borde de ese abismo y con los brazos cru-

zados, ¿cuál es el pensamiento que abrumba y subyuga la mente? El de una fuerza espantosa hechizada en la soledad. Estando allí se siente el hombre como si le hubiesen arrebatado del mundo de los vivos, poniéndole ante una Creación perdida desde hace miles de años y que le hubiera tocado hallar, o que, brillando por primera vez al soplo del Creador, no fuese perfecta todavía y tuviera que ser divulgada.

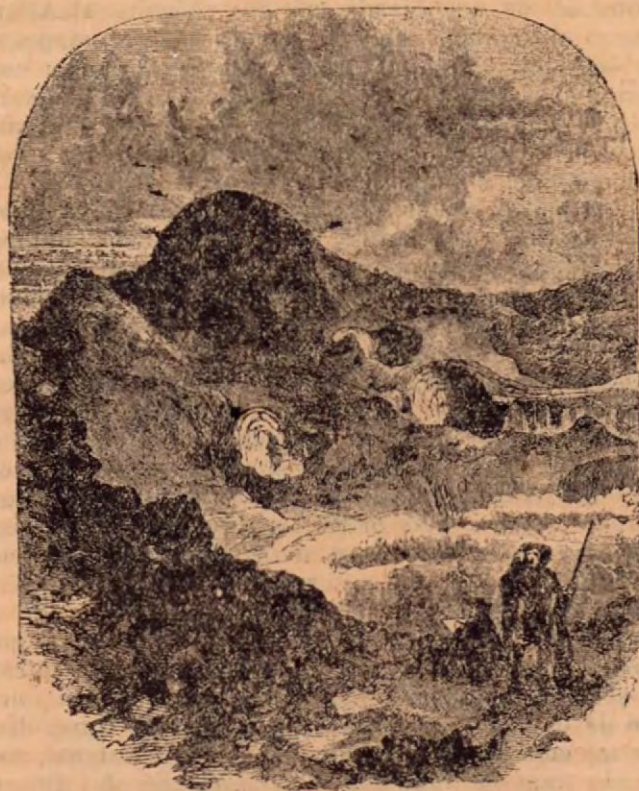
Sin embargo, a medida que aumentan la luz y el calor y se calman las sensaciones y fantasías que al pronto suscita la visión, como se tranquiliza un mar alborotado, llega uno a reconciliarse con el lugar, a familiarizarse con él, a sentirse verdaderamente a gusto, aunque terriblemente extraviado; y, envolviéndose en la manta de California, azul o colorada—porque no hay nada que se le pueda comparar en este mundo infeliz cuando se está en las nubes—comienza uno a trazar perfiles y a tomar notas. Asentando un poco el ánimo, D. Ramón y D. Francisco trataron de hacerlo así; pero ante todo sintieron la necesidad de tomar algo.

¿Qué cosa es algo?

Eso depende de los gustos y está gobernado por las circunstancias. De modo que puede ser coñac o Monongahela, jerez, Apple-Jack, Jersey-Lightning, Bourbon o Catawba. En nuestro caso resultó whiskey viejo escocés, y en aquel momento fué este licor para nosotros lo que para los guerreros de la mitología sánscrita el *amrita*, la bebida de la inmortalidad que escancian las Hermanas Místicas. Una vez fortalecidos y vivificados, ¿cuáles fueron nuestros dibujos y notas? Pues bien, que estábamos en el cráter del Irazú que vomitó de modo tan horrible en 1723 y desde entonces ha seguido gruñendo para inquietud y congoja de millares de gentes; que el cráter es un anfiteatro de muros interrumpidos, de 7,500 pies de circunferencia, con un cono de cenizas y *lapilli* (1) de una altura de mil pies; que el terreno que pisábamos estaba a una

(1) En italiano en el texto.

profundidad de cincuenta toesas por obra de alguna explosión o excavación; que en la parte más baja, de suelo flojo y escalonado, había cuatro aberturas y que de una de ellas salían bocanadas de humo



El cráter del Irazú

sulfuroso; que nos advirtieron que no bajásemos, porque si el descenso era fácil, la subida, por causa de la arena de lava movediza, era en extremo extenuante, cuando no fatalmente impracticable; que en la última erupción, la de 1841, la ola de lava

se había lanzado sobre un precipicio de 2,000 pies y se derramó en la intrincada montaña situada al norte, librándose así la ciudad y el valle de Cartago, con una rociada, del diluvio de su voraz ebullición. Esto fué lo que dibujamos y anotamos. Si el tiempo hubiese estado más claro, habríamos podido ver de una ojeada los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Esta es la más alta recompensa de los que suben al Irazú. John L. Stephens fué más dichoso y nos ha dejado, con su estilo claro y lleno de vida, la impresión de lo que vió y sintió en el cerro donde estábamos nosotros también, contemplando el mundo remoto desde el Irazú.

El padre Acuña vive en una casita de la aldea del Paraíso, a seis millas de Cartago. Este nombre, que sugiere pensamientos de felicidad y belleza, le fué otorgado gratuitamente a ese pueblo. Unos cuantos ranchos sucios, encaramados en media docena de colinas escarpadas que riegan arroyos torrenciales y cubren peñas, platanares y frijolares: tales son las características de este nuevo Edén. El padre Acuña es uno de los sacerdotes más ejemplares e ilustrados de Costa Rica. Después de pasar varios años en calidad de misionero entre los indios que ocupan la parte más meridional del país, la que está situada inmediatamente detrás del golfo Dulce, ha llegado a ser una autoridad en lo tocante a las tribus aborígenes y a los vestigios de Costa Rica. Durante horas, en su cuarto lleno de telarañas que parece una jaula, le estuvimos escuchando mientras él, sentado en un sillón esculpido en un gran bloque de caoba y cubierto de una piel de tigre, discurría con calma y facundia sobre ese tema, tomando rapé y fumando sin cesar. En la última visita que le hicimos obsequió a sus amigos de Nueva York, los proscritos de Venezuela y de Erin, todas las reliquias indias que poseía. Habíalas descubiertas en lo que resultó ser un cementerio, a corta distancia de un antiguo camino, en las cercanías del Paraíso. Construido por los indios mucho antes de la venida de los españoles, se supone que este camino comunicaba a Cartago con el puerto de

Matina. Pavimentado con piedras de lava redondas, está protegido de ambos lados por un pretil del mismo material, de tres pies de altura, y de lo que de él se conoce resulta no haber tenido puentes ni curva ninguna. Siempre que lo corta una barranca, el camino baja por una serie de gradas macizas y bien colocadas y sube del mismo modo en la opuesta orilla o pendiente. Dice el padre Acuña que es el eslabón aislado de una gran cadena de caminos en uso muchísimo antes de la conquista española, que atravesaba el país desde la frontera de Nicaragua hasta la actual de la Nueva Granada, y que en este punto se ramificaba hacia la costa atlántica. Sostiene que es un hecho, susceptible de ser bien comprobado si se explorase el país aun cuando sólo fuese en parte, que en Costa Rica floreció un imperio muy poblado en época de que no hay memoria auténtica, ni siquiera confusa tradición; que la cabecera o centro de este imperio estaba en el sitio que hoy ocupa la aldea virolenta de Terraba, y que las inmensas llanuras de este mismo nombre, profusamente sembradas de túmulos, abundantes en reliquias parecidas a las que se encuentran en las vecindades del Paraíso, confirman la conjetura de que un imperio del cual han salido a luz estos recuerdos estaba asentado y se erguía ufano sobre las montañas de Costa Rica.

Al día siguiente de bajar del cráter del Irazú salimos en la tarde para el valle de Orosi, donde todavía quedan restos de una tribu india; nos acompañaba el anticuario entusiasta quien, dicho sea de paso, aconsejó confidencialmente a D. Ramón, al quejarse éste con lágrimas en los ojos de la exasperación sin tregua que le causaban las pulgas del valle de Cartago, que no se quitase una hilacha de la ropa durante toda la semana. Esto como precaución calmante.

Por muy verde y espléndido que sea el valle de Cartago, el de Orosi lo supera infinitamente. Lo contemplamos desde la cima enteramente pelada del *Cerrito* (1) del Paraíso; vimos abajo y a lo lejos

(1) En castellano en el texto.

las ruinas de Ujarraz, las huellas más antiguas de los españoles en aquellas soledades; mucho más allá seguimos con la vista el curso de las aguas veloces que llenan el paisaje de música y de luz; miramos arriba las montañas, cuya inmensidad nos molestaba la vista; contemplándolo todo atentamente, como si fuese un sueño o un hechizo, íbamos bajando. Al descender por el camino escarpado y lleno de curvas, nuestros mansos caballos pisaban con cuidado, como si supiesen que llevaban sobre el lomo mirones de estrellas y buscadores de maravillas; bajaron paso a paso hasta que despertamos en la confluencia de tres ríos: el Navarro, el Agua Caliente y el Naranjo, que corrían veloces a nuestros pies hacia el Río Grande, un río ancho, rápido, brillante, de color verde, que divide el valle y va a perderse más allá en el Reventazón, uno de los torrentes más salvajes y bravíos que tienen su nacimiento en las alturas volcánicas de esta región solitaria y soberbia. Abunda en él un pez que tiene la carne más blanca y delicada que pueda imaginarse. No se deja pescar con anzuelo ni con trampa, ni con mosca, ni con lombriz, y, como un reconocimiento contradictorio de su mucha viveza, los indios lo llaman *bobo*. Lo tiran con flecha cuando viene a comer el musgo tierno y dulce que se cría en las rocas del río al nivel del agua.

Anduvimos el último trecho hacia los ríos con los ojos puestos en las copas de los árboles cubiertos de orquídeas y festoneados de enredaderas, que refrescaban y perfumaban el camino con exuberancia, hasta que llegamos a un puente suspendido que nadie puede pasar a caballo. Es obra de los indios de Orosí, y se llama el puente de La Hamaca. Hay cuatro postes de la madera más recia, dos en cada orilla del río y a cuatro pies el uno del otro; estos postes toscos están unidos por cuerdas o cadenas de alambre (1), y aunque éstas son resistentes y durables, los indios las renuevan cuidado-

(1) Meagher tomó por alambres los bejucos de que se servían los indios para sus puentes. N. del T.

samente cada cuatro años, porque sólo pasando por ese puente pueden ir al valle y volver de él cuando el río está crecido y torrencial. ¡He aquí la primitiva idea que la ciencia, respaldada por el capital, ha realizado con tanto esplendor en el estrecho de Menai, en Friburgo, en el Niágara y en las cataratas de Montmorenci!

Vadeamos el río Naranjo con el agua a la cintura y nos metimos de prisa en unos matorrales. De pronto paramos, porque un indio del color del cobre nuevo, sacando la cabeza hirsuta por entre una cerca de cabuya, nos saludó calurosamente. Era el hijo de un rey difunto. Su padre fué un gran terrateniente en aquella región del país algunos años antes y poseyó varios centenares de cabezas de ganado. Pero su vástago es un caballero que ha venido a menos y tan sólo es dueño de algunas matas de plátano y de caña de azúcar. Se llama Pedro. A pesar de los sesenta y dos años que ha servido en la tierra, Pedro es activo. A este respecto ninguno de sus hermanos, deudos aristócratas o individuos de la tribu puede compararse con él. Moreno como un trozo de caoba vieja, tiene la resistencia de esta madera y es casi tan durable como ella. Los tendones de las piernas desnudas, que azulean por entre la piel curtida por el sol, son fuertes y flexibles como cordeles de látigo. Un sombrero de paja sucio, del cual se escapan los cabellos negros y húmedos que caen en cadejos lacios sobre los ojos y las orejas; una camisa de franela a rayas, cuyas faldas cortas penden en disminución adelante y atrás; unos pantalones de la misma tela, arrollados hasta por encima de las rodillas, amplios y frescos como los que usaban los turcos antes de que se civilizaran a costa de su ardimiento y de su temple; estas prendas, a las que se debe añadir un cuchillo parecido a una cimitarra y una calabaza colgada del hombro cuando sale a cazar o a merodear, componen el traje del regio vagabundo con quien tropezaron aquella tarde los excursionistas republicanos y al cual contrataron en calidad de guía, de filósofo y de amigo.



La mañana en que se hizo el concierto, Pedro se encontraba fuera de su choza machacando un puñado de café en un mortero del tamaño de una calera. Era un mortero de madera cavado en un cedro monstruoso y el pilón era del tamaño de un pisón de empedrador y tal vez más grande.

En las plantaciones más ricas este utensilio primitivo, corriendo la suerte del arado patriarcal del país, ha sido sustituido por la maquinaria más fina y segura. La importan de Inglaterra, y el nombre de los señores Barnes y C.<sup>ª</sup>, grabado en planchas de bronce, es muy conocido en los valles de Cartago y San José, asociado como está a la elaboración del *producto* (1) principal de Costa Rica; pero Pedro siente inmutable reverencia por lo antiguo, y su pobreza, al repudiar tales innovaciones, le inspira la dignidad del trabajo y le restringe a sus proezas musculares. Le tomamos como guía, porque su conocimiento de las selvas y de las montañas vecinas de Orosi era grande y útil, así como debido a que durante un poco menos de medio siglo había cazado puercos salvajes en ellas, y desde la infancia había vivido, como un príncipe, de plátanos y carne de cerdo.

Una docena de chozas construidas con los materiales más endeble y diseminadas en el valle es todo lo que queda de la antigua aldea o misión de Orosi, fuera de la iglesia y de un convento abandonado. Estos dos edificios tienen más de ciento sesenta años. El padre Acuña nos refirió que permanecieron firmes en 1841, en tanto que a su alrededor y en todas direcciones caían las casas y los árboles y se agrietaban hasta las montañas. Fué una milagrosa excepción. En todo caso, tal era su convencimiento, y el sacerdote ejemplar así lo confesó con voz y ademán suaves y solemnes. Los únicos objetos interesantes que había en el convento eran algunos libros empolvados en un estante metido en un nicho mohoso y un avispero enorme cuyos calamitosos habitantes zumbaban continua-

(1) En castellano en el texto.

mente. Los libros estaban escritos en latín, obras raras de los Padres de la Iglesia. El templo es muy obscuro, muy mohoso y huele a sepulcro viejo; pero está lleno de tesoros. Tiene ocho candeleros de plata, una lámpara que pesa treinta libras de plata y un crucifijo del mismo metal, de seis pies de altura. Tiene relicarios incrustados de perlas y rubíes, custodias de oro, misales iluminados y con cierres de oro macizo tachonados de carbunclos; y el padre Acuña nos dijo que todos estos tesoros estaban seguros en las manos de los pobres indios de Orosi. En el santuario hay también tres sillones con patas y brazos dorados y espaldares y asientos de vaqueta carmesí dorada. Son muy sólidos, muy originales y muy ricos. El púlpito es de estilo diferente y se vendría al suelo con cualquier declamador que siendo tan corpulento y fogoso como el predicador de Hudibras, se pusiese a denunciar al diablo con el entusiasmo del caso (1).

Todo lo que oímos referir en favor de los indios de Orosi, o que fuese de algún interés respecto de ellos, fué esta su piadosa guarda de los tesoros de la iglesita. Se nos dijo que eran perezosos y excesivamente ignorantes. Se nos dijo que eran vilmente arteros e inclinados al robo tratándose de toda clase de objetos profanos. Todo esto lo dijeron el padre Acuña y otro caballero fidedigno. Una ojeada nos convenció de que eran sucios, feos, ruines, de que hacían poco o nada por ganarse la vida, y de que acerca de Costa Rica sabían tanto o les importaba tanto como si se tratara de Laponia. Por ejemplo, cuando preguntamos a Pedro, el hijo del difunto rey, si recordaba el tiempo de los españoles, abrió tamaños ojos y boca y se rascó la vieja y sudorosa cabeza como si le hubiésemos planteado un problema de Euclides.

—¿Cuáles españoles?—nos preguntó a la postre, riendo.

Procuramos explicárselo; pero Pedro no sabía

(1) Extraño es que Meagher no mencione los interesantes cuadros al óleo que adornan la iglesia de Orosi. N. del T.



nada de ellos, ni una jota; no había sabido nunca que en el país hubiera habido tales españoles. Ahora bien, esto era bastante imperdonable, porque los españoles liaron el petate en 1821, y Pedro, como lo he dicho ya, tenía sesenta y dos años cuando se le hizo la pregunta (1).

Con decir que tienen un *alcalde* (2) de su misma gente y están exentos del servicio militar, dejo consignado todo lo que es digno de atención respecto de los indios de Orosi; y lo que de ellos he dicho es aplicable a las demás tribus y pueblos indígenas comprendidos dentro de los límites de Costa Rica, con la única excepción de los talamancas y guatusos.

Los talamancas habitan las vertientes del Atlántico y las tierras bajas situadas entre el río Estrella, que desemboca en Bocas del Toro, y el río Matina. En el año de 1610, enardecidos por las rapacidades y la crueldad de los españoles, los talamancas se sublevaron súbitamente y mataron a los habitantes de la ciudad de Santiago de Talamanca, situada en la margen izquierda del río de la Estrella (3), chorrearon oro fundido en la garganta de los que se habían hecho más odiosos y confundieron hombres, mujeres, sacerdotes y niños en espantosa degollina. Subyugados parcialmente en 1660 por D. Rodrigo Maldonado, quien organizó contra ellos una expedición armada y reedificó la ciudad de Santiago (4), los talamancas se alzaron de nuevo en 1707 (5) y una vez más hicieron la guerra al extranjero con el cuchillo; el oro fundido y la tea devoradora. Aquella era una guerra de exterminio y éste fué completo. La ciudad de Santiago, el castillo de San Ildefonso, las minas y los

(1) Meagher interrogó al indio Pedro en 1858 y éste tenía entonces 26 años. Por consiguiente tenía 25 cuando la independencia, en 1821. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) La ciudad de Talamanca estaba situada en la margen derecha del río Tarire o Sixaola. N. del T.

(4) La ciudad de Santiago de Talamanca no fué nunca reedificada.— N. del T.

(5) 1709. N. del T.

lavaderos de oro de la Estrella, apenas si son hoy algo más que tradiciones desvanecidas. No habiéndose hecho desde 1707 ninguna tentativa de trascendencia para sojuzgarlos o dominarlos de algún modo, los talamancas, según las *Notas* de los misioneros que hace ocho años publicó *La Gaceta*, semanario de Costa Rica, recayeron en el gentilismo y han vivido hasta aquí en estado de libertad salvaje. Esto es lo que refiere el periódico mencionado. Sin embargo, se dice que su índole es suave y de ningún modo agresiva o desfavorable para con los extranjeros que aciertan a penetrar en su territorio. La región que habitan tiene gran interés histórico. Comprende las tierras otorgadas por la Corona de España a los descendientes inmediatos de Cristóbal Colón. El descubridor del Nuevo Mundo entró en Bocas del Toro en 1502, motivo por el cual una de las muchas y lindas bahías que encierra este puerto sin rival, se conoce desde entonces con el nombre de bahía del Almirante. La concesión territorial fué acompañada de un título de nobleza, el de duque de Veragua. En el señalamiento de jurisdicción hecho a Diego Gutiérrez, primer gobernador de Costa Rica, se exceptuó expresamente el ducado de Veragua; pero algunos años después y mediante un convenio con D. Luis Colón, hijo mayor del descubridor (1), fué incorporado a la Corona y se autorizó a los gobernadores de Costa Rica para ocuparlo y administrarlo.

También se dice que en esta región estaban las famosas minas de oro y plata, con cuyo polvo y quijo se cargaban hace tres siglos dos galeones todos los años en la boca del río de la Estrella, destinados a Cádiz, y cuya riqueza fué el motivo por que se dió a la costa y eventualmente a todo el país el nombre de Costa Rica. Pero después de la matanza de 1707 se perdió toda huella de esas minas; la selva impenetrable borró las pisadas de los españoles, las borró completamente y quizás para siempre; y todo lo que en Costa Rica y fuera

(1) Don Luis Colón era nieto del almirante D. Cristóbal. N. del T.

de ella se sabe de las minas maravillosas de la Estrella y del Tisingal, es lo que suministran las tradiciones populares y la fantasía de los indios.

«La región es árida—escribe un misionero en 1636 (1) al Colegio de Propaganda Fide—, pero es indudable que en ella existen muchas minas ricas; en particular tenemos noticias de una rica mina de plata en un cerro que llaman San Mateo, del cual se sacaron grandes cantidades de este metal en el siglo pasado; y a mí me ha dicho un indio convertido que los cabécares de hoy cuentan que después de la matanza de los españoles en 1610, se echaron grandes cantidades de oro en un lago en donde todavía están».

Antes de salir de San José se me informó que se suponía que un documento que daba mucha luz sobre el paradero de estos tesoros perdidos había ido a parar hace algunos años a los archivos de la Habana y que el presidente Mora había enviado un agente secreto a buscarlo. Como parezca este documento y suministre los informes codiciados, ya no tendrá Costa Rica necesidad de pedir empréstitos a Chile, la casa de Vanderbilt, Hamburgo o el Perú (2).

Además de los talamancas, bien merecen especial mención, como lo he dicho ya, los guatusos del Río Frio, así llamado por la baja temperatura de sus aguas. Este río está en las montañas septentrionales de Costa Rica y desemboca en el lago de Nicaragua, frente al fuerte de San Carlos. Para la raza blanca el valle del Río Frio ha sido un misterio durante más de trescientos años y sigue siéndolo todavía. Nadie puede decir qué gentes viven allí, cómo viven, cuáles son su sangre, religión, lengua y costumbres, ni de dónde vinieron. Todo lo que sabemos de cierto es que parecen haber jurado desde el principio que ninguno que no haya nacido de ellas y entre ellas ha de poner los pies en

(1) Debiera decir 1736. N. del T.

(2) Sobre las leyendas de las minas de la Estrella y del Tisingal, véase Ricardo Fernández Guardia, *Reseña Histórica de Talamanca*. San José de C. R., 1918. N. del T.

sus misteriosos dominios. Han repelido y castigado con fiereza a los que procedentes de fuera han pretendido entrar. Hasta expediciones armadas que penetraron por el lago fueron audazmente combatidas y rechazadas, como la que proyectó en 1783 el obispo Tristán, de Nicaragua, y la de 1849, capitaneada por Trinidad Salazar de la misma república. Los misioneros católicos que entraron no parecen haber tenido mejor suerte; antes bien fueron más lejos y con peor fortuna. Nunca se ha sabido que volvieron a salir. El Ilustrísimo D. Francisco de Paula García Peláez, aludiendo a esto en su *Historia de Guatemala*, escribe: «Parece que esas montañas fuesen las puertas del infierno, donde no había salvación».

Tantos buenos sacerdotes desaparecieron así, que la sede de Roma creyó conveniente, hace unos ciento cincuenta años, privar a la inescrutable región de los beneficios del clero. No se volvió a permitir que en ella entrasen sacerdotes. Mr. Squier se inclina a creer que los guatusos son nahoas, o sea de verdadera raza azteca, y que siguen siendo tan poco conocidos y se les molesta tan poco como en tiempos de la conquista española. Las últimas noticias que a ellos se refieren se publicaron en la *Crónica de Costa Rica* del 9 de diciembre de 1857 y las suministró un oficial al servicio de Costa Rica. Son como sigue:

«Entre las faldas de los altos volcanes de Miravalles y Orosí y el río de San Carlos, se extiende una vasta y fértil llanura habitada por los salvajes vulgarmente llamados guatusos. Se dice que esta tribu procede de los colonos que huyeron de Esparza cuando los antiguos filibusteros la quemaron, y cuantos han llegado a verles aseguran que son blancos, barbados y que practican cierto sistema de disciplina militar. Ese pueblo extraño a Costa Rica y que habita una de las más ricas y útiles zonas de su territorio, picó mucho nuestra curiosidad en la expedición contra los filibusteros en el río de San Juan. Dos veces entramos con el general por el Río Frio con el intento de explorar la comarca,

sin hallar lugar propicio para el desembarco. Después de terminada la campaña, el coronel D. Lorenzo Salazar entró por dicho río más de tres leguas en el vapor *Bulwer*, pero tuvo que abandonar la empresa y devolverse por orden superior.

Por último, tal vez sea interesante decir que la noche que pasamos en Esparza conocimos a un teniente coronel que acompañó a la división costarricense que a las órdenes del coronel George Cauty bajó por las montañas situadas al nordeste y más allá de Alajuela, entrando al San Juan por el San Carlos, en la época en que fueron brillantemente tomados los vapores, los fuertes y todo lo demás que estaba en posesión de las fuerzas del general Walker. Al pasar la retaguardia de esta división por la montaña, entre las cabeceras del Río Frio y las del San Carlos, recibió una granizada de flechas desde la maleza. La retaguardia replicó con balas de fusil y de carabina Minié. Se oyó un grito agudo en la montaña, a la vez que las ramas crujián como si algo huiese precipitadamente. Los soldados avanzaron hacia el lugar de donde salieron las flechas y, habiendo abierto camino con sus *machetes* (1) por entre la maleza, encontraron el cuerpo casi desnudo de una linda mujer de perfecta blancura y exquisitas formas. Había sido mortalmente herida. El rojo manantial que brotaba de su pecho corría veloz y abundante. Para los soldados que la levantaron cuidadosamente no tuvo ni una palabra ni una mirada; dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó muerta, y como seguía el crujir de ramas, los soldados se pusieron a escuchar conteniendo el resuello y escudriñando la selva con ojos de halcón, pero tuvieron que reanudar la marcha. Forzosamente había que perder tiempo o desviarse; de modo que después de enterrar el hermoso cadáver blanco en la selva aromática, siguieron adelante triste y solemnemente impresionados por la creencia de que a la sombra ceñuda de los volcanes de Miravalles y Orosi

(1) En castellano en el texto.

y en las honduras de aquellas aguas frías, hay un misterio que todavía está por salir a luz.

En la tarde del día de nuestra visita al valle de Orosi y cabalgando por el desfiladero a lo largo del cual ruge y va dando tumbos el río Naranjo, llegamos a la entrada de la *hacienda* (1) de Navarro en el momento de ponerse el sol. Es un hermoso hogar inglés enclavado en el corazón de las montañas de Costa Rica.

Invitados por su propietario Mr. Young Anderson; quien bondadosamente nos acompañó desde Cartago, echamos pie a tierra a la entrada, y dos muchachos indios, granujas sucios y sudorosos de la tribu de Orosi, se llevaron los caballos al *potrero* (2). La casa está situada en un cerrito, redondo y verde con un *rath* irlandés, desde el cual se domina la confluencia de los ríos Navarro y Agua Caliente y un jardín repleto de piñas, limones dulces, naranjas, membrillos y mangos. Abundan allí las campánulas blancas, las dalias, los lirios rojos, los helechos arborescentes, las palmeras altivas, y, a mayor altura que todos, se yergue el *tirrá* con su vestimenta de corteza de plata y sus guirnaldas de nidos de césped tejidos por las *oropéndolas* (3), unos pájaros de plumaje obscuro pero brillante.

Temprano de la mañana siguiente, después de habernos despedido de tanta belleza apacible y de nuestro huésped cortés y afable, salimos en compañía de Pedro para la cascada del río Macho, una catarata tremenda que da un salto de 300 pies sin interrupción. Los indios de Orosi cuentan que en el remanso verde y brillante en que se despeñan esas aguas está la cuadra de una mula encantada, y que de noche, cargada de oro y plata, la mula sale nadando a la superficie, trepa por las grandes rocas escarpadas que se alzan sobre el remanso y corriendo por el monte va a depositar su carga en un matorral, o en una caverna que todavía no ha sido

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

descubierta y probablemente no lo será nunca. De camino para la catarata pasamos por la *hacienda* (1) del general Montero, jefe militar de Cartago, donde en medio de la abundancia padecemos todas las incomodidades de una parada en el desierto, debido a la sobria urbanidad del galante propietario. Esta finca, conocida en todo el país por la riqueza de sus pastos, está limitada en dos lados por grandes cerros erizados de cedros rojos donde habitan ciervos, cabras de monte, palomas, conejos, y *tepeiscuintes*, un cruzamiento de liebre con conejillo de Indias, cuya carne es más deliciosa que la del venado. Un momento antes de llegar a la catarata nos apedreó una manada de monos encaramados en los más altos copetes de los árboles debajo de los cuales íbamos caminando; nos apedrearon furiosamente con ramas quebradas, pedazos de corteza de árbol, puñados de hojas y orquídeas. Estos monos tenían el cuerpo negro y la cara blanca y, especialmente dos de ellos, me hicieron recordar a los porteros viejos de la Cámara de los Comunes, tan negro era su vestido y tan blanca su peluca. Como el asalto seguía y nos causaba bastante molestia, tuvimos que hacer fuego contra los amotinados; pero hasta que tres de ellos, inclusive uno de los porteros, vinieron al suelo por entre las ramas que los protegían mucho de las balas, no se dispersó la chusma.

Pedro tenía un defecto peculiar. Pretendía saber botánica, geología, historia natural y varias otras ciencias y materias, tocante a las cuales un moderado conocimiento de dos o tres de ellas habría hecho de él un compañero inapreciable para los filósofos que siguiendo sus pasos continuaban corriendo tras lo Sublime, lo Curioso y lo Bello.

Don Ramón le preguntaba:

—¿Qué palmera es ésta, Pedro?

—La conozco—contestaba Pedro instantáneamente—, la conozco, es una palmera.

—¿Y este pájaro? ¿Qué pájaro es éste?

(1) En castellano en el texto.

—Lo conozco—contestaba suavemente el impostor—, es un pájaro.

Al principio esto resultaba molesto; pero encantados por su buena indole pronto le perdonamos, llegando por último a la conclusión de que Pedro era perfecto. Guiados por él y con su ayuda segura visitamos muchos lindos lugares, solitarios y espléndidos, atravesamos fríos y rápidos torrentes, negras barrancas, caminando a lo largo de precipicios, subiendo y bajando montañas con trabajo, pasando por entre espesos matorrales y selvas sombrías; selvas en que por entre el follaje de los más altos cedros pasa como un meteoro el quetzal, el pájaro de plumaje blanco y carmesí, verde y oro, el pájaro imperial y sagrado de México, cuyas plumas sutiles que parecen palmas alcanzan a menudo una longitud de cuatro pies y que nadie, excepto el emperador, podía usar; selvas en que algunas veces, pero a largos intervalos, tropezábamos con la *mica* o serpiente azotadora, la cual, cuando está irritada fija la cabeza de plano en el suelo y azota con el cuerpo a derecha e izquierda, levantando ampollas como un manojo de ortigas; selvas en que en otras ocasiones nos encontramos con la coral, linda e inofensiva serpiente con sus escamas negras y rojas de anillos alternos, y en que una vez nos señalaron la *vibora de sangre* (1), el más mortífero de los reptiles, cuya mordedura provoca en la víctima, hombre o bruto, un intenso sudor de sangre por todos los poros y hasta la última gota.

Al atravesar el valle de Ujarraz visitamos la plantación de café del Dr. George Guier, de Filadelfia, donde recibimos una hospitalidad cordial; encontramos otra manada de monos que demostraron furiosamente sobre nuestras cabezas su aversión por los extranjeros; visitamos la cascada de los Berbis, más grandiosa aún que la del río Macho y cuyo torrente, al despeñarse de un resalto abrupto, no es más que un espolvoreo nebuloso en el precipicio, quinientos pies más abajo; comimos, bebimos,

(1) En castellano en el texto.



hablamos de política absurda, gritamos la *Marsellesa*, charlamos largamente acerca del Destino Manifiesto, nos tendimos sobre unas vaquetas, fumamos, volvimos a beber y, por último, nos dormimos oyendo rugir el Reventazón.

Habiendo salido al amanecer de casa del doctor, anduvimos varias millas con Pedro por una angosta ciénaga que se extiende a lo largo de las montañas de Cervantes. Laureles gigantes, helechos arborescentes, robles y cedros, higueros de copas enormes tendían sus ramas, las entrelazaban o se erguían a gran altura sobre la senda mojada, a la vez que la cortaban arroyos murmurantes que iban a despeñarse en el precipicio que estaba abajo. Reinaba un profundo silencio que tan sólo rompían por instantes las agudas notas de clarín del pavo de monte, la nerviosa estampía del venado por entre la maleza, el arranque del pavo real salvaje, el crujido del *trapiche* (1) moliendo cañas de azúcar en algún descampado solitario de la selva, las voces cavernosas de los monos aulladores, o el retumbo de lejanos truenos. Al despuntar el día entramos en la finca de caña de azúcar del Naranja, una de las mejores del país, y allí nos desayunamos con naranjas, cogiendo las frutas del árbol sin desmontarnos de la mula. Hecho esto seguimos adelante, cuesta abajo de un cerro sumamente escarpado. La vegetación fué haciéndose cada vez más exuberante y el aire más cálido, hasta que por último, mirando hacia lo alto desde el valle a que bajamos, vimos aparecer en el cielo el volcán de Turrialba o Torre Alba, con su gran columna de humo y de fuego, rodeado de una floresta impenetrable de palmeras, remoto, misterioso, pavoroso y, según dicen, ¡inaccesible!

Ese volcán es objeto de terror para el pueblo. Su candente agonía es incesante, ningún pie humano ha hollado su cumbre, nadie ha osado realizar semejante proeza; y el pobre indio, cuya mente nublada se hace más obscura y tormentosa con la re-

(1) En castellano en el texto.

ligión, cuenta que allí vive el Espíritu Malo y que los que se aventuran a subir, perecen. La espesa selva virgen, las barrancas y los precipicios, los vastos campos de lava, la roca desnuda, lisa y per-



El volcán de Turrialba

pendicular de varios pies de altura que de éstos se desprende y llega hasta los labios del cráter embravecido: tales son las cosas que hasta el día de hoy han hecho que este volcán sea objeto de espanto e inescrutable.

Tres semanas después de nuestro viaje a caba-

llo al valle de Turrialba crucé las cordilleras, y habiendo bajado hasta El Muelle y navegado en un bongo desde este lugar por el Sarapiquí y el San Juan hasta Greytown, fui huésped, a bordo de la corbeta de guerra *Jamestown* de los Estados Unidos, de su genial y amable capitán. Don Ramón había regresado a Panamá por el camino que seguimos a la venida.

Volviendo la cabeza hacia atrás para mirar las montañas en que pasamos estas agradables *Vacaciones*, vi el volcán de Torre Alba arriba en el cielo, ardiendo a la luz gris del amanecer (1), y me pareció que estaba situado en otro mundo, tan remoto y aislado aparecía. Y no pude dejar de sentir tristeza y vergüenza al pensar que es desconocido como si en realidad perteneciese a otro mundo situado a millones de millas de distancia; que los habitantes más cercanos a él son los que más temen penetrar en la soledad que lo rodea, y que hasta aquel momento seguía allí en su grandeza inviolada, provocando, a la vez que las repele, la curiosidad y la intrepidez de los que quisieran añadir este nuevo trofeo a las conquistas de la ciencia y a la audacia del siglo; pero cuando mis pensamientos se encaminaron al país del cual la bandera que ondeaba sobre mi cabeza es el símbolo resplandeciente; cuando al propio tiempo acudieron a mi mente las proezas de sus exploradores y se agolparon ante mis ojos sus descubridores y armadas, nació en mis adentros la convicción de que llegará el día en que el oro de la Estrella volverá a salir a la luz, en que se darán a conocer los secretos del valle del Río Frío y será escalado el Turrialba. En esa columna que durante el día es de humo y durante la noche de fuego, leo la promesa solemne de libertad para el país; de riqueza y poderío en vez de relativa insignificancia y humilde suerte; de que el desierto se trocará en jardín, y de que los hom-

(1) El volcán de Turrialba estaba en actividad el año 1858. N. del T.

bres que desde las extremidades de la tierra vayan a las altiplanicies que allí hay, encontrarán una felicidad de mayor pureza, una altura imponente y un aspecto más brillante.

Para contemplar esta visión interna y revelarla audazmente no es menester el don de profecía, ni una filosofía aventurada que deduzca sus predicciones de las leyes de la ciencia o del análisis del progreso humano, ni siquiera ese espíritu poético que algunas veces procura al indocto la sapiencia del filósofo y al profano la infalibilidad del profeta. Con el gran Libro de la Naturaleza en la mano, libro abierto para todos, que todos pueden leer y del cual los cerebros más humildes dejan rara vez de sacar lecciones de alta felicidad y expansiva presciencia, predigo una renovación sin ejemplo a la tierra del vencido azteca.

Permanente valla contra los avances de los dos grandes mares, alzándose por grados desde su nivel en una serie de extensas mesetas, cada una con su fauna y su flora peculiares, cada cual con su suelo y su clima propios, con su adaptabilidad a una condición física especial; desarrollando así paso a paso todos los fenómenos de la Creación, hasta que en Costa Rica, a una altura que varía de tres a cuatro y seis mil pies se extiende en vastas altiplanicies cortadas por sierras paralelas o transversales, coronada por fortalezas como la del Turrialba y prodigando mensajes de salud y fecundidad en forma de lluvias que no faltan nunca, Centro América brinda al amante de la Naturaleza—como lo dice el señor Astaburuaga—, al hombre de ciencia, al agricultor, a los que prefieren las faenas pastoriles, a los que codician los metales preciosos, al mercader más ambicioso e insaciable, así como a todos los trabajadores y aventureros de cualquier modo que se llamen, un campo de incomparable novedad y riqueza inagotable. En una palabra, las montañas, los ríos, las minas, los valles en que abunda, llenos y rebosantes de los tesoros de la Naturaleza, constituyen de por sí un Nuevo Mundo que en la obscuridad parcial que lo envuelve parece haber sido

reservado por una Providencia de visión infinita para las futuras generaciones, y como una muestra de felicidad y gloria que será superior a la fortuna y proezas de hoy en día tan justamente apreciadas y aplaudidas.

